

Santiago, Junio 22 de 1976

Señor
Patricio Aylwin A.,
P r e s e n t e

Estimado Patricio:

Con deliberado propósito he dejado transcurrir varios días antes de dirigirte esta carta. Por lo general soy muy poco adicto a ellas cuando se trata de presentar a un amigo sus discrepancias de proceder.

Sin embargo en esta oportunidad he preferido este camino para que mi pensamiento quede claramente establecido y no se preste a interpretaciones que normalmente lo desvirtúan en su esencia.

Desde hace ya muchos meses he venido observando con honda preocupación la forma como se están conduciendo las relaciones entre algunos de los que hemos formado parte durante una vida de un ideal expresado políticamente a través de la D.C., antaño Falange Nacional, y aquellos que por razones del receso político se mantienen, ubican, nombran o cambian con procedimientos desconocidos en la Directiva del Partido.

Junto a otros camaradas tuve, hace ya más de un año y medio la triste y amarga experiencia de ser objeto de sanciones privadas y públicas en mi calidad de demócratacristiano por el sólo hecho de haber defendido a Chile de un injusto como inaceptable acuerdo de las N.U. Mis palabras no comprometían a nadie más que a mí, y alzaba mi voz independientemente de mis acuerdos ó discrepancias con el Gobierno. No creo que se pueda negar a un chileno el derecho a protestar por actos inicuos que dañan al pueblo de Chile.

No deseo recordar. Tú no estabas en ese entonces en el país - la forma en que procedió quien te reemplazaba y la falta absoluta de aquella tan repetida "confraternidad" de los que secretamente discutieron el caso. No hubo un llamado, una consulta, una pregunta para conocer las razones, una sola comunicación ni siquiera

//..

telefónica para informar de lo sucedido, en circunstancias que por guardar en todo instante la deferencia que nos merecían los actantes de la época, informamos oportunamente acerca del paso que íbamos a dar. Confieso que en lo personal fué algo muy duro y doloroso. Nunca formulé descargos con el propósito de no dar más argumentos a quienes buscaban y siguen buscando nuestra destrucción.

Acontecimientos recientes me han hecho revivir en dos amigos por los que guardo el más hondo aprecio y el mayor respeto, Juan de Dios Carmona y William Thayer, lo triste de aquellos días.

Me he impuesto de la existencia de una circular en el que se da cuenta que estos dos amigos, más algunos otros, han sido borrados de los registros del Partido, lo que para todo buen entendedor, significa que han sido expulsados de nuestra colectividad. Conozco muy cabalmente la historia de ambos casos y estoy realmente abismado del proceder de un Partido que, habiendo proclamado desde su fundación su sentido humanista y cristiano, respetuoso de las libertades del hombre y de lo que significa la conciencia de cada cual, haya llegado a transformarse en factor impositivo de decisiones morales que en las circunstancias por la que atraviesa el país, no pueden ser juzgadas con el autoritarismo vertical de quienes pretenden ser poseedores de toda la verdad. Ni en ésta ni en otras circunstancias ello es aceptable.

Lamentablemente constato una vez más que la vara para medir a unos es diferente de la que se utiliza para otros. Hay quienes, y eso tú lo sabes mejor que yo, han sido reiteradamente traidores al Partido; sin embargo, han gozado de toda la libertad y aún del respaldo que no merecían. No están muy lejanos los días en que desde el seno del mismo Consejo salían informaciones a nuestros mayores enemigos políticos, cometiendo uno de los más graves actos de infamia y deslealtad, sin que mediara sanción alguna. Otros, que desde cómodas tribunas extranjeras contradecían las líneas del Partido causando daño y desconcierto en las bases más modestas de nuestro movimiento, nunca recibieron su merecido.

En cambio a aquellos, como son los casos de Carmona y Thayer, que han entregado con fidelidad una vida para cumplir con sus ideales y servir a su país, ejemplo y testimonio para muchos chilenos, se les denigra como traidores y se les expulsa de lo que fué su casa que con tanto ahinco, fé y entusiasmo contribuyeron a construir.